

do, cuando hay que agradecer á la filosofía que quede aún alguna fe en las almas. Y no se califique de paradoja nuestro aserto. Si la Iglesia hubiera reinado sola en los espíritus, hace ya largo tiempo que no habría ni vestigio de religión: lo absurdo de sus dogmas y la pretensión de que fuera de su doctrina no hay religión posible habrían conducido á la cristiandad á ese ateísmo absoluto, irremediable, que affige á los pueblos donde la dominación del clero ha destruido toda vida filosófica. Vamos á aducir de ello un testimonio irrecusable.

Ya hemos dicho en otra parte que la incredulidad había invadido el mundo en el momento en que estalló la Reforma. La revolución del siglo XVI contuvo el movimiento restaurando la fe; pero fué impotente para extirparlo, porque la fe que exaltaba era una fe supersticiosa, y precisamente es la superstición la fuente más fecunda de la incredulidad. En Francia, por otra parte, prevaleció la reacción católica, y con las prácticas exteriores y en pos de ellas creció la incredulidad: los contemporáneos nos enseñan que al comienzo del siglo XVII estaban de moda el escepticismo, el materialismo y el ateísmo, y se reflejaban en una literatura licenciosa é impía. "Apenas se halla un gentil hombre en los campos, dice Huet, obispo de Avranches, que quiera distinguirse de los cazadores de liebres y deje de tener un Montaigne sobre su chimenea." Descartes opuso á este oleaje de epicúreos, como él dice, su doctrina sobre la espiritualidad del alma y sobre Dios. ¿Trabajó en vano? Eso nos lo dirá un hombre más joven y que vió el fruto de sus esfuerzos. Un testigo no sospechoso, Arnauld, es quien habla: "Se debe mirar como un efecto singular de la providencia de Dios lo que ha escrito Descartes para contener la espantosa tendencia de muchas personas de estos últimos tiempos hacia la irreligión y el libertinaje por un medio apropiado á su disposición. Son gentes que no quieren admitir sino lo que se puede conocer por la luz de la razón; que tienen una completa repugnancia á comenzar por creer; que consideran débiles de espíritu á cuantos hacen profesión de piedad, y que se cierran las puertas de la religión por la prevención que abrigan de que lo que se dice de otra vida es pura fábula, y de que todo muere con el cuerpo. Parece, pues, que lo que más importaba para la salvación de todas esas gentes y para impedir que se extendiera cada vez más el contagio era tur-

barlos en su falso reposo que sólo se apoya en la persuasión en que están de que hay debilidad de espíritu en creer que nuestra alma sobrevive á nuestro cuerpo. Ahora bien, Dios, que se sirve como le place de sus criaturas y que oculta así los efectos admirables de su Providencia, ¿podía causar mejor esa turbación, tan á propósito para hacerles entrar en sí mismos, que suscitando un hombre que tuviera todas las cualidades que pudieran desear esas gentes para rebatir su presunción y obligarlos, á lo menos, á entrar en justa desconfianza de sus pretendidas luces; una elevación de espíritu extraordinaria en las ciencias más abstractas; una aplicación decidida á la sola filosofía que no les es sospechosa; una profesión explícita de despojarse de todos los prejuicios comunes, lo cual es muy de su agrado, y que, por lo mismo, ha encontrado el medio de convencer á los más incrédulos, con tal de que quieran únicamente abrir los ojos á la luz que se les presenta, de que nada hay más contrario á la razón que pensar que la disolución del cuerpo sea la extinción de nuestra alma?" (1).

Descartes reconcilió á los incrédulos con las creencias fundamentales de toda religión, pero no le fué dado atraerlos al cristianismo. Esto era imposible, porque era la superstición lo que les había alejado de la religión cristiana, y Descartes preconizaba demasiado la religión oficial, incluidas las supersticiones. Por eso no tardó en desaparecer su influencia: en el siglo XVIII está ya casi olvidado el nombre de Descartes. ¿Era ingratitud? No; los libres pensadores no podían ver su maestro en un filósofo que pretendía demostrar con sus principios, como decía Voltaire, que puede un accidente existir sin sujeto y estar un cuerpo á la par en dos lugares; se tapaban los oídos, añade el gran satírico, al oír semejantes enormidades, y pasaban adelante. El siglo XVIII procede más bien de Espinosa que de Descartes.

§ II.—Espinosa.

Cousin compara á Espinosa con Descartes, y la comparación no favorece al filósofo de Amsterdam. Descartes, dice, fué un modelo de discreción y de prudencia en la conducta; el ilustre escritor

(1) BOUILLIER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, t. II, páginas 156-158.

admira la rara prudencia con que se condujo el filósofo del siglo XVII: "Dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona, contemporizó con los jesuitas y reservó prudentemente su demostración filosófica del movimiento de la tierra después del proceso de Galileo," (1). El discípulo no se parecía al maestro; Espinosa repetía con frecuencia que había tomado con placer esta máxima de Descartes: "No aceptar nada como verdadero, sino lo que como tal es conocido con evidencia." Hasta aquí estaban de acuerdo; pero el pobre judío cometió el yerro de creer que esta máxima filosófica estaba hecha para ser practicada. Habiendo concebido dudas acerca de las creencias religiosas en las cuales había sido educado, dejó de observar la ley de Moisés, y de aquí provino un grande escándalo en la pequeña comunidad de Amsterdam. Ofrecieronle á nuestro filósofo una pensión de mil florines porque asistiera de vez en cuando á la sinagoga; mas Espinosa, convencido de que la doctrina de los rabinos era falsa, rechazó la oferta, declarando que aun cuando quisieran darle diez veces más no lo aceptaría ni frecuentaría sus asambleas, porque no era hipócrita ni buscaba más que la verdad. Hé ahí el crimen; oigamos las reflexiones que inspira á Cousin: "Descartes, en el lugar de Espinosa, habría seguramente rehusado también una pensión, señal de recompensa de una fe que no hubiera abrigado en su alma; pero una filosofía más madura y más elevada le habría hecho considerar como una gran falta herir sin necesidad creencias dignas de respeto, y sin celo fingido, como sin desdén bien poco filosófico, había asistido alguna vez á la sinagoga y orado á Dios con los hermanos que le había dado la suerte," (2).

Lo que Cousin condena como una gran falta es, á nuestros ojos, la glorificación de Espinosa, y el elogio que hace de la prudencia de Descartes es su afrenta. Si la filosofía no consiste más que en palabras y en bellas frases, concebimos que se pueda juntamente ser filósofo y llevar un cirio en las procesiones; pero en tal caso no vemos para qué pueda servir la filosofía, como no sea para ser profesor y académico. La filosofía no es nada si no constituye una convicción tan profunda para el filósofo como las creencias religiosas lo son para los fieles.

(1) COUSIN, *Fragments philosophiques*, t. II, p. 175-176.

(2) COUSIN, en el *Journal des savants*, 1831, p. 79.

Ahora bien, ¿se comprendería que frecuentara un católico los templos protestantes ó las sinagogas de los Judíos? Se le trataría de hipócrita. ¿Sería acaso la hipocresía una virtud en los filósofos? ¿Lo que es el vicio más vil en un creyente se convierte en señal de una elevada filosofía en el libre pensador? ¡Dios nos libre de semejante sabiduría! Por nuestra parte nos inclinamos con respeto ante Espinosa: si la filosofía tuviera sus santos, él merecería culto sin duda; pero hay un culto más puro que el que los católicos tributan á sus santos, y es el de imitar las virtudes de los que honramos como guías divinas de la humanidad. Entre estos grandes hombres ocupa Espinosa el primer puesto, precisamente porque prefirió vivir con unos pocos cuartos al día á profanar su conciencia fingiendo una fe que no tenía.

En cuanto á Descartes, sea la que quiera su grandeza como filósofo, jamás verán en él los hombres que aman la verdad un modelo que seguir, sino debilidades inexcusables que evitar. Si el siglo XIX sufre, si parece que decae, es porque no tiene el valor de practicar lo que piensa: ha desertado del cristianismo en su fuero interno, y continúa llamándose cristiano. ¿Qué resulta de aquí? Que no tiene regla de conducta; no quiere ya la regla religiosa, y la regla filosófica no es más que una vana teoría. De ahí las vergonzosas flaquezas de que somos testigos y que harían desesperar del porvenir de la humanidad si no tuviéramos una firme confianza en el gobierno de Dios. Para elevar los espíritus no hay que predicarles una elevada filosofía que conduce á no tener ni fe ni ley; mas es necesario predicarles, y predicar con el ejemplo, que los que se aparten de la Iglesia deben reemplazar la fe que abandonan por convicciones más verdaderas y ajustar su vida á sus convicciones. Sólo á esta condición tienen el derecho de separarse de los hermanos que les ha dado el nacimiento, y este derecho es al propio tiempo el más imperioso de los deberes. Así se regenerará la sociedad; con la doctrina y la práctica de una sabiduría hipócrita perecería en la podredumbre.

Faltábale á Descartes el valor moral, sin el cual no hay verdadero filósofo, y esta pusilanimitad influyó en sus concepciones filosóficas: no se atrevió á abordar las cuestiones religiosas. Espinosa, por lo contrario, lo osó todo y arregló su vida de modo que fué libre como el pensamiento: vi-

viendo de pan y de leche, gastando quince céntimos al día y ganándolos con el trabajo de sus manos, fué este filósofo el libre pensamiento encarnado. Si Descartes emancipó, como se dice, la filosofía, aunque el aserto es discutible, Espinosa fué sin disputa el libertador del espíritu humano. De ahí el odio con que persiguen su memoria todos aquellos que conservan el más pequeño vínculo con el cristianismo tradicional. El vano reproche de ateísmo que se le dirige se vuelve contra sus propios acusadores. No advierten los cristianos de nuestro tiempo que se hallan respecto de la filosofía en la misma posición en que se hallaban los paganos respecto del cristianismo primitivo. Trataban los Romanos de *ateos* á los discípulos del Cristo; los cristianos destruyeron, en efecto, el imperio de los dioses del Olimpo, negaban la divinidad tal como era adorada entre los gentiles. Hoy se han trocado los papeles, pero en el fondo el espectáculo es el mismo: los cristianos acusan á los filósofos de ateos, y bajo el punto de vista del cristianismo histórico, son realmente culpables de ateísmo los libres pensadores, porque su primer artículo de fe es negar la divinidad de Jesucristo, el Dios de los cristianos. Los cristianos son, pues, los paganos del siglo XIX, en cuanto son los defensores de un pasado que se derrumba, mientras los filósofos se hallan en la posición de los cristianos primitivos: inauguran una nueva concepción de Dios. Estas analogías históricas debieran hacer reflexionar á los defensores de la ortodoxia; debieran prodigar menos una acusación que fué en otro tiempo para los cristianos un título de gloria. ¿Quién sabe si la posteridad pronunciará sobre nuestros debates el mismo juicio? Para nosotros no ofrece ni sombra de duda.

Admitamos que Espinosa es ateo, lo cual quiere decir que no adora al Dios de los cristianos y que tiene otra concepción de la divinidad. La cuestión es saber cuál es la verdadera. Es indudable que la idea del cristianismo no es ya la de la humanidad moderna, y no hay que decir que la filosofía no admite la superstición del Hijo de Dios encarnado en el seno de una Virgen. Un Dios que se hace hombre es á los ojos de los filósofos una cosa tan imposible como un hombre que se hiciera Dios: estamos, pues, en pleno ateísmo bajo el criterio de la fe ortodoxa. Pero ¿quiénes son los verdaderos ateos, los que rebajan la divinidad con-

fundiéndola con un ser finito, ó los que la ponen por cima de la humanidad? Prescindamos del Hombre-Dios y veamos qué idea se forman los cristianos de la divinidad. Estamos en el siglo XVII, edad cristiana, se dice, á la par que filosófica. Interroguemos á los hombres que brillaron en ella por su fe, é interroguemos á la conciencia moderna. Mucho nos engañamos si piensa todavía el siglo XIX lo que pensaban Saint-Cyran, Pascal y Bossuet.

“Jesucristo, dice el abate de Saint-Cyran, tiene siempre el hacha en la mano para cortar la cabeza de los malvados y arrojarla al fuego del infierno como leño seco é inútil.” ¿Es que ese Dios-verdugo es todavía nuestro Dios? Ese debe ser, sin embargo, el Dios de los cristianos, pues que creen que hay muchos llamados y pocos elegidos. ¿Qué se hace de los que no son elegidos? En el día del juicio final, el Cristo, ese juez terrible, ejercerá efectivamente funciones de verdugo, pues que precipitará á los condenados en el infierno para que sean en él atormentados durante la eternidad. ¿Por qué aplaza Dios ese día fatal? Lo que le retiene por algún tiempo, responde Saint-Cyran, es la oración y la intercesión de los ángeles, de los santos, de las buenas gentes que detienen su justicia para darles tiempo de hacer penitencia.” Así se muestran las criaturas más misericordiosas que el Creador, y así vale el hombre más que Dios! No; ese Dios no ha sido hombre jamás; si lo hubiera sido, tendría piedad de la debilidad humana y habría recibido un poco de humanidad en su condición de criatura. Es el Dios de caridad, dicen sus adoradores. Veamos esta caridad en sus obras: tiene sus elegidos, ¿pero á qué precio! “¡Dios, dice el abate de Saint-Cyran, ha dado muerte muchas veces á una *infinidad de hombres vulgares que no amaba, para conservar á uno que amaba!*” ¡Gran Dios, qué blasfemia! Y no se pueda atribuirle á una secta para librar el cristianismo, porque Saint-Cyran no hace más que reproducir las enseñanzas de San Agustín. Ahora bien, ¿no es San Agustín el doctor del Occidente? ¿No es él quien ha enseñado esta horrible doctrina repetida por su fiel discípulo: “La justicia *vengadora* de Dios castiga con la condenación á los niños muertos sin bautismo por el solo pecado de su primer padre?” (1).

(1) SAINT-CYRAN, *Lettres spirituelles*, t. I, p. 307-500; t. II, página 83.

Goethe dice que el cristianismo que condena á los niños ha hecho más incrédulos que la filosofía ateísta del siglo pasado. Esta es la voz de la conciencia moderna que reprueba la concepción cristiana de Dios. ¡Y aun después de esto se acusará á la filosofía de ateísmo! Los filósofos de la antigüedad, los que no conocieron al Cristo, son infinitamente superiores á los adoradores del Cristo. Pascal temblaba ante el pensamiento de que al salir de este mundo *caería en las manos de un Dios irritado*, y Sócrates decía á sus amigos que estaba seguro de encontrar buenos amos en los dioses. ¿Quién estaba en lo cierto, el filósofo que, al decir de los cristianos, marchaba entre las tinieblas de la muerte, ó el pensador iluminado con la luz de una revelación divina? Esa horrible concepción del Dios-verdugo subsiste todavía; vamos á encontrarla en el último Padre de la Iglesia. El funesto dogma del pecado original extravió á San Agustín y á sus discípulos hasta el punto de hacer de un Dios de caridad, un Dios más cruel que los más crueles tiranos. Después de haber contado la historia del pecado de Adán, añade la Biblia: *Y dijo Dios: Hé ahí Adán que se ha hecho como uno de nosotros, conociendo el bien y el mal; guardémonos, pues, de que ponga también la mano sobre el fruto de vida y viva eternamente.* Bossuet confiesa que hay en estas palabras “una amarga é insultante irrisión”; sin embargo, las justifica: “Dios dice: Mirad á este nuevo Dios que no se ha contentado con la semejanza divina que Dios había impreso en el fondo de su alma; se ha hecho Dios á su manera. Ved cómo es sabio y cómo ha aprendido el bien y el mal á su costa: cuidémonos de que después de habernos quitado la ciencia no nos quite también la inmortalidad. Notemos que *Dios añade la burla al suplicio.* El suplicio se debe á la desobediencia, pero el orgullo provoca la burla. Esto es, diréis, llevar la venganza hasta la crueldad. Yo lo confieso; pero Dios también será *cruel é implacable.* Cuando su bondad haya sido despreciada, llevará el rigor hasta *teñir y lavar sus manos en la sangre del pecador.* Todos los justos acompañarán en esta burla á Dios” (1). ¡Un Dios *cruel é implacable!* ¡Un Dios que se venga, y que lleva la venganza hasta lavar-se las manos en la sangre del pecador! ¡Un Dios que

añade la burla al suplicio! ¡Y los justos que participan de esta burla á título de felicidad celestial! ¡Los justos no se rien, salvo cuando se trata de reirse de los condenados! ¿Qué falta ya al Dios-verdugo? ¡Y es Bossuet el que habla! ¡Y emplea este lenguaje para elevar el alma de los fieles á la sublimidad de los misterios!

Fijémonos en la *burla unida á la crueldad*, para formarnos una idea del Dios de los cristianos. Acabamos de ver la Sagrada Escritura; hemos visto, pues, la palabra de Dios, no ya una doctrina humana. ¿En qué circunstancias tiene Dios por conveniente dirigir á una criatura *esta amarga é insultante burla*, antes de entregarla al suplicio? El hombre ha pecado, y ¿cómo no había de pecar siendo hombre? Dios ha previsto antes de crearlo que pecaría. ¿Cuáles van á ser las consecuencias de esta primera falta? La muerte eterna de la inmensa mayoría de los hombres. Dios, dicen los ortodoxos, da al pecador la gracia que necesita para salvarse. Esta pretendida gracia es una mentira, porque oíd á Bossuet: “Dios permite el pecado, *endurece al pecador*, para hacer brillar su *justicia vengadora*.” (1). Pues bien, en el momento en que Dios pronuncia contra Adán la terrible sentencia que va á precipitar á su posteridad en los infiernos, es cuando le parece conveniente reirse del hombre que ha formado; teme que coma del árbol de la vida, lo cual le daría la inmortalidad, y en ese caso, ¿qué sería de la *justicia vengadora!* ¡Necesita hombres, porque su justicia exige que se *vengue!* ¡Y *qué venganza*, exclama Bossuet, después de la separación del juicio final! (2).

Los cristianos dicen que Dios se ha hecho hombre; deberian añadir que su Dios es más malo que el hombre, porque no hay tirano que se aproxime al ideal de atrocidad que Bossuet acaba de pintarnos. ¿Cuál es el destino del hombre en esta espantosa creencia? Vamos todavía á oír á Bossuet; es menos consecuente que los severos discípulos de San Agustín, pero lo que conserva de las enseñanzas de su maestro basta para viciar tanto su moral como su teología. ¿Cuál es, según los filósofos, la ley del hombre? Debe obedecer al deber sin considerar las consecuencias que pueden resultar: no deben determinarle ni la pena ni la recompensa; de

(1) BOSSUET, *Defensa de la tradición y de los Santos Padres*, libro XI, c. V.

(2) BOSSUET, *Meditaciones sobre el Evangelio*, t. IV, p. 212.

otro modo la moral no es más que un cálculo, es decir, que el interés reemplazará al deber. Ahora bien, en la doctrina cristiana, la moral es una verdadera especulación. Bossuet no quiere de ningún modo que la caridad sea desinteresada; necesita absolutamente un motivo interesado para todas nuestras acciones; y bajo el punto de vista cristiano, tiene razón. La Sagrada Escritura es la palabra de Dios: enseña en todas sus páginas a los hombres que deben amar a Dios y al prójimo, en atención y a causa de la felicidad celestial prometida a los justos. La ley antigua, ley revelada, proponía bienes terrenos como recompensa, y no conocía otros: "Escucha, Israel, y ten cuidado de observar los mandamientos que te da el Señor tu Dios, á fin de que seas feliz, que te multipliques y que poseas la tierra que mana leche y miel, como el Señor te ha prometido." Como se ve, la moral es un contrato innominado, como dicen los juristas, *facio ut des*: el hombre se obliga á observar los mandamientos de Dios, y Dios le promete una numerosa posteridad y una tierra que mana leche y miel. Los personajes más santos de la ley antigua no tenían otro ideal. "Abraham, dice Bossuet, es el padre de los creyentes y el modelo de la justicia cristiana, aun en los más perfectos." El modelo de esta justicia es un contrato interesado. Dios dijo á Abraham: "Yo soy tu protector y tu recompensa. Lo cual acepta el patriarca, diciendo: "Señor, ¿qué me daréis?" David, aquel hombre según el corazón de Dios, confiesa "que ha inclinado su corazón á observar sus mandamientos, a causa de la recompensa." El contrato está tan brutalmente expresado, que ha escandalizado á los doctores escolásticos. Bossuet se admira de que hayan tratado de eludir palabras tan claras y tan ortodoxas. Un santo más grande, el Hijo de Dios, se expresa de la misma manera, salvo que la felicidad es espiritual. Jesucristo promete el *céntuplo*, con la *vida eterna*, á los que tienen por él un amor tan grande que les hace abandonar todo cuanto tienen. Todas las máximas de la perfección evangélica, según Bossuet, se resumen en estas palabras: "Haced esto y viviréis." Siempre un contrato; ¿qué importa que el motivo interesado sea el cielo? (1). Desde el momento en que el objeto es la felicidad, ya sea celestial ó te-

(1) BOSSUET, *Sobre las máximas de los santos* (Obras, t. XIV, páginas 444, 478, 522-525, 588).

rena, el deber se convierte en un medio y la moral en un cálculo.

Cuando se pasa de la doctrina cristiana á los pensamientos de Espinosa, es como si se abandonase la pesada atmósfera de un valle oscurecido por los vapores de la tierra, para elevarse á las alturas en que el cielo está siempre sereno. Dios no es ya un hombre que ha vivido y sufrido entre nosotros. El filósofo no conoce más Hijo de Dios que la eterna Sabiduría, que se manifiesta en todas las cosas, y sobre todo en el alma humana. Esta Sabiduría nos enseña lo que es verdadero y lo que es falso, lo que es bueno y lo que es malo. Si se pregunta á Espinosa lo que piensa de la encarnación del Verbo de Dios, responde que no sabe lo que se quiere decir; le parece tan absurda como pretender "que un círculo ha afectado la forma del cuadrado." La noción del Hombre-Dios es una superstición, y como es el fundamento de la doctrina cristiana, ¿debe extrañarnos que la superstición reine entre los cristianos en lugar de la religión, es decir, la ignorancia en vez de la sabiduría? Hé aquí por qué defienden su creencia por medio de los milagros: siempre la ignorancia, fuente de toda malicia (1). Nada menos racional que apoyar la fe en narraciones históricas, aun cuando fuesen milagrosas; porque la ley divina se deduce de la única consideración de la naturaleza humana; puede concebirse en el alma de todo hombre, lo mismo en un solitario que en el que vive entre sus semejantes. Con esto cae por su base la tradición, que desempeña tan gran papel en la Iglesia: No son las narraciones históricas las que pueden darnos el conocimiento de Dios, ni, por consiguiente, el amor de Dios que de él se desprende. Este conocimiento lo sacamos de las nociones universales, que se revelan por sí mismas y llevan consigo una certidumbre inmediata. La noción de Dios del filósofo, sacada de las fuentes de lo absoluto, no tiene nada de humano. Cuando se representa á Dios bajo los rasgos de un legislador, y se le dan los nombres de justo, de misericordioso y otros semejantes, se hace por ponerse al alcance del vulgo y acomodarse á la imperfección de su conocimiento. En realidad, Dios obra y dirige todas las cosas por la sola necesidad de su naturaleza y de su perfección; sus decretos y su voluntad son verdades eter-

(1) ESPINOSA, *Epist.* XVI.

nas é implican siempre la necesidad absoluta (1).

¿Cuál es el destino del hombre? ¿Cuál es la ley que le rige? No contestamos ya con los cristianos, que es la felicidad celestial; decimos que es el perfeccionamiento de sus facultades. Espinosa expresa la misma idea á su manera. El hombre debe conocer y amar á Dios: "La perfección crece en razón de la naturaleza y de la perfección del objeto que ama sobre todas las cosas. De donde se sigue que necesariamente es más perfecto aquel que ama sobre todas las cosas el conocimiento intelectual del ser más perfecto, á saber, Dios, y se complace en él con preferencia á todo lo demás." Sacado el destino del hombre de las profundidades de la naturaleza humana, claro está que la ley que de él se deriva es una ley universal. En vano han querido los católicos hacer de su religión la creencia de todos los pueblos, de todos los tiempos; este catolicismo no se ha realizado ni realizará jamás, porque hace depender la salvación, es decir, la perfección, de la creencia en hechos milagrosos, que han sido negados siempre, y que, aun cuando fuesen verdaderos, no forman la certidumbre. La religión natural solamente es por su esencia la religión absoluta, porque Dios la ha grabado en el espíritu humano, poniendo en nosotros la idea de él mismo y como una imagen de su divinidad (2).

El concepto cristiano de Dios tiene las más funestas consecuencias. Solamente por la fe de Jesucristo llegan los hombres á la bienaventuranza, lo cual excluye de la salvación eterna á todos aquellos que no conocen al Hijo de Dios, á todos aquellos que no quieren ó no pueden adorarle como coeterno con el Padre. De aquí la desconsoladora creencia de un Dios-verdugo, siempre armado del hacha. ¿Qué distancia entre esta noción de la divinidad, digna de salvajes, y la de Espinosa! ¿Qué importa que los hombres conozcan la Escritura, qué importa que sepan lo que ha sucedido en un pequeño país que se llama la Tierra Santa? ¿No saben por la luz natural que existe un Dios? Si, por otra parte, observan una vida ordenada por la razón, ¿no tendrán la verdadera felicidad, puesto que poseen una creencia verdadera, á la cual conforman su conducta? Luego aquellos á quienes los cristianos en su estrechez de ideas llaman infieles,

(1) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. IV.

(2) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. IV y XII.

pueden tener fe lo mismo que los que se llama fieles por excelencia; su fe será hasta más pura; y si adoran al Dios que les revela la luz natural por la práctica de la justicia y el amor al prójimo, su salvación está asegurada. Á la altura á que se coloca Espinosa, esto es de una certidumbre tan grande, que no se toma siquiera el trabajo de contestar á las deplorables razones que los cristianos alegan en pro de sus falsas creencias: se contenta con separarlas como de pura imaginación, como un mal sueño (1).

Los cristianos se vanaglorian de que ellos solos tienen la verdadera moral, como ellos solos tienen la verdadera religión. ¡Orgullo nacido de la ignorancia! Su moral no es más que una especulación de comerciante, un cálculo de mercenario. Pongamos frente á lo que Bossuet acaba de decir la doctrina de un filósofo á quien todo ortodoxo se cree obligado á insultar. La salvación no puede ser más que la realización de nuestro destino; puesto que el hombre tiene por misión conocer y amar á Dios, el conocimiento y el amor de Dios constituirán juntamente su salvación y su felicidad; por lo tanto, éste es el término y el fin último de las acciones humanas. De ahí deduce Espinosa que solamente observa la ley divina aquel que tiene cuidado de amar á Dios, no por temor del castigo ó por deseo de una recompensa tal como la gloria ó la felicidad celestial, sino por el mero hecho de que sabe que el conocimiento y el amor de Dios son el supremo bien. La ley divina, dice el filósofo, está, pues, contenida por completo en este precepto supremo: Amad á Dios como á vuestro bien supremo. Espinosa, que no prodiga sus palabras, repite que esto quiere decir que no se debe amar á Dios por temor al castigo, ni por amor á otro objeto; porque la idea de Dios nos enseña que Dios es nuestro bien supremo, que el conocimiento y el amor de Dios son el fin último adonde es preciso dirigir todos nuestros actos. Espinosa insiste sobre esto mismo en su *Ética*, ese libro que, según los ortodoxos, respira el más grosero ateísmo: ¡singular ateo aquel que se esfuerza en enseñar "que la suprema felicidad consiste en el conocimiento de Dios, el cual nos lleva á no practicar más acciones que las que nos aconsejan el amor y la piedad!" El filósofo holandés, tan im-

(1) ESPINOSA, *Tractatus*, c. XII, v.—*Epist.* XLIX.